

# ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación mensual de los Servicios Culturales de la Excma. Diputación Provincial de Cáceres

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

## Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas

Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

## SUMARIO

### Páginas

Don Juan Meléndez Valdés .....	3	Luis Araujo-Costa.
Nuestros clásicos: Romance .....	16	Vasco Díaz Tanco.
Templum in rupe Taji .....	17	Ildefonso Alamillo.
Canto a Portugal .....	23	Juan Luis Cordero.
Recuerdos: El gris y la virtud .....	26	Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de San Miguel.
La vida es siempre eterna .....	29	Rafael González Castell.
La virgen en la Literatura española .....	30	Ricardo de Val.
¡Aquella ventana! .....	33	Eladia Montesino.
Llamas de Capuchina .....	34	José Canal.
Esquema de una tesis histórica: El Pilar, Santiago y Guadalupe .....	35	Fernando Bravo y Bravo.
Poemas breves .....	39	Pedro Romero Mendoza.
Ave María Purísima: Recuerdos del Año Mariano. Conquistadores extremeños devotos de la Inmaculada: Pizarro .....	42	Marcelino González-Haba.
Meditación breve .....	46	Eugenio Payo.
Tropezando y cayendo (Cuento) .....	47	Diego María Crehuet.
Pensamientos .....	63	La Rochefoucauld, Ruskin y Saint-Evremond.
Saludo a la cigüeña .....	64	Gregorio Gallego Cepeda.
Páginas antológicas: Balada del niño arquero .....	65	Tomás Morales.
Nuestro granito de arena .....	67	Gervasio Velo.
Ideario Extremeño .....	70	Juan Pablo Forner.
Poemas: Novia y colegialas y Pasillo de jardín .....	71	Manuel Pacheco.
Poemas de otoño: Como si tú no fueses .....	72	Eduardo Cerro.
¡Adiós mozas, adiós! .....	73	José Aguilar Alvarez.
Serenata .....	75	Carlos Callejo.
Crítica sin hiel .....	77	Un Aprendiz de Hablista.
Poemas: Cómo nos pasa el tiempo e Y yo me dejo engañar .....	79	Santos Sánchez-Morín.
Ausencia .....	80	M. Ostos Gabella.
Mirador: Crónica .....	81	Curto O'Xillo.
Recensiones .....	85	Valeriano Gutiérrez Macías y «Omar el Zegri»
Notas breves: De dentro y de fuera .....	101	José de la Peña.
Noticia de Revistas .....	102	José Canal.
Varia .....	105	
Láminas .....		

Nuestros artistas: «Calle de Grimaldo», por Victoriano Martínez Terrón y Fotos de la Biblioteca Nacional, Javier, Montesino, Rodrigo, Mas y Olivenza.



# ALCANTARA



Año XI

ENERO - FEBRERO - MARZO

Núms. 87-88-89

## Don Juan Meléndez Valdés (1)



RDUA tarea es la de enfrentarse en 1954 con la figura de Don Juan Meléndez Valdés. Hace dos siglos que nació y de la fecha de su muerte, 1817, a los años de ahora han sucedido tantas cosas en el mundo; se ha mudado tanto en materia de gustos, sentires, ideas y aficiones; son tan diferentes los puntos de vista para juzgar la obra literaria de un autor determinado que o bien no se comprenden los sentimientos de otras épocas o llegamos a dudar de nosotros mismos por considerarnos incapaces de penetrar en el espíritu y las maneras de un poeta gala del Parnaso español a quien han leído con deleite, han admirado y han reverenciado los más altos valores de nuestras letras en los siglos XVIII y XIX.

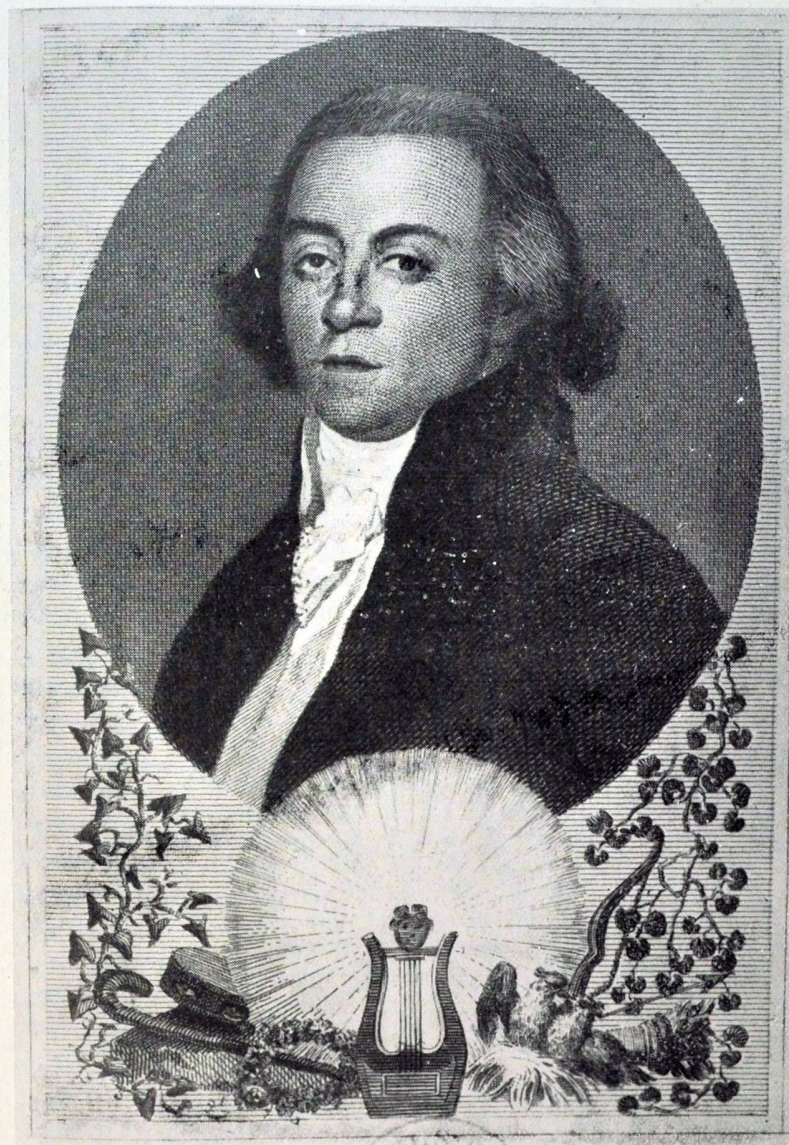
El romanticismo acabó con las formas de poesía usadas en los reinados de Felipe V, Fernando VI, Carlos III y aun Carlos IV, y a la retórica que fielmente servían en sus odas, sátiras y epístolas las escuelas dieciochescas sucedió el «allá van versos donde va mi gusto» de Espronceda y la musicalidad incomparable de Zorrilla que se nos mete sentidos adentro y nos lleva a sueños sublimes de emoción y amor latentes en lo más profundo de la vida española, en el alma de nuestra historia y nuestras leyendas, en la corriente universal romántica que anda desatada por todas las literaturas de Europa durante la centuria anterior. La oda, la epístola moral, el desgarrarse las vestiduras ante los crímenes de los hombres y la corrupción en que viven las sociedades son géneros que ya no han vuelto a ser cultivados desde que se afianza el romanticismo con los estrenos del *Trovador* y *Don Alvaro* y en la actualidad, aunque hayan pasado también todas esas tendencias, nadie vuelve a la Musa de Meléndez, Quintana, Gallego y demás poetas modelos tan sólo para un tratado de preceptiva literaria. Sin embargo, ningún ingenio se limita a la condición de poeta. Ha de examinarse además en él la extensión, intensidad y carácter de su cultura, lo fino de su temperamento, su manera de reaccionar ante el choque de ideas y circunstancias hasta ellos llegado en la vida pública y en la vida privada. Ha de ser esta

(1) Este interesante y docto estudio no pudo incluirse, por dificultades de ajuste, en nuestro número de Octubre-Noviembre-Diciembre de 1954.

tudiado hasta donde alcanza su vista en la contemplación del mundo exterior si se encerraron en su tierra o conocieron lenguas extrañas y les fué familiar el pensamiento de otras naciones por haberse dado a la lectura de filósofos, moralistas, historiadores y prosistas y poetas franceses, ingleses alemanes e italianos. La ciencia de la cultura, el humanismo, es hoy en día el primer valor en la discriminación de caracteres, temperamentos, obras y frutos diferentes de la inteligencia y la sensibilidad. Ahora no cuentan para nada los ingenios legos y conste que jamás lo fué Cervantes. Con este criterio y con la brevedad que demanda el presente trabajo voy a tratar de definir lo que representa en la historia literaria de nuestro país Don Juan Meléndez Valdés.

### EL AMBIENTE

Varios son en el reinado de Carlos III las tendencias, escuelas y grupos literarios que dividen a poetas y pensadores: la Tertulia de la Fonda de San Sebastián con Don Nicolás Fernández de Moratín a la cabeza, el grupo independiente de López de Sedano; el de Don Tomás de Iriarte; el italiano; el erudito; el independiente de Don Leandro Fernández de Moratín y las dos escuelas de poesía salmantina y sevillana remedo de las del siglo XVI con Herrera y Fray Luis de León al frente de cada una de ellas. Son numerosos los poetas que a las escuelas de Salamanca y Sevilla pertenecen y no han de ser aquí todos mencionados. Hay sevillanos que pertenecen a la escuela salmantina, como sucedió en el siglo XVI con Medrano y en el XVIII con Tomás González Carvajal, traductor de los Salmos; hay quien pasa en sus gustos y frutos poéticos de una a otra manera, cual es el caso de Forner; hay quien nace y vive fuera de la ciudad que da nombre a su estilo. Meléndez Valdés es un poeta de la escuela a que dan título las márgenes del Tormes con el tono de cultura manifestado en sus dos catedrales, en su Universidad famosa, en el convento dominico de San Esteban, pródigo en pensadores, filósofos, juristas, teólogos y sabios eminentes, gloria de España. Pero a Meléndez Valdés le llega todavía la corriente literaria manifestada en el Parnaso y en el pensamiento de España por los años de Felipe V y Fernando VI y el afán de saber y el anhelo de cultura que dieron ejemplo Feijóo y sus enemigos y continuadores y por otro lado algunos otros ingenios lo mismo en la primera que en la segunda mitad del siglo. No olvidemos que Meléndez imita de joven a Don Eugenio Gerardo Lobo y que no son ajenos a su Musa Don Gabriel Álvarez de Toledo, Don José Gerardo de Hervás (que usó los seudónimos de Jorge Pitillas y Don Hugo Herrera de Jaspodós) el conde de Torrepalma y toda la tradición hispana de tres centurias en el cultivo de las composiciones sencillas que se conocen por anacreónticas, por haber sido el género que acreditó en lo antiguo el viejo de Teos, Anacreonte. Meléndez no llega a ser comprendido ni gustado sin tener a la vista las traducciones e imitaciones que del protegido de Policrates de Samos en el siglo VI antes de nuestra



D. Juan Meléndez Valdés, ilustre extremeño, a quien con motivo de su reciente bicentenario, dedica «Alcántara» en estas páginas un respetuoso recuerdo. (Fot. Biblioteca Nacional)

era cristiana hizo en el XVII español el vate de la Rioja, Don Esteban Manuel de Villegas, quizá el más dulce de nuestros poetas a pesar de lo agrio y desabrido de su condición.

El siglo XVIII cultiva la anacreóntica. Cadalso, que tanto influyó sobre Meléndez, comienza una de las suyas diciendo

Vuelve, mi dulce lira,  
Vuelve a tu estilo humilde  
Y deja a los Homeros  
Cantar a los Aquiles.

Enemigos, contradictores y censores severísimos de Meléndez fueron Don Leandro Fernández de Moratín y Don José Mamerto Gómez Hermosilla, traductor de la *Iliada* y estos juicios, apasionados y no siempre justos, han contribuido en no escasa parte al olvido en que se le tuvo a Meléndez durante todo el romanticismo y a que fueran siempre tibios los elogios a él tributados por la crítica, a pesar de la buena voluntad de Valera y Menéndez y Pelayo. A quien más se parece Meléndez en el modo especial de la poesía y la cultura de su época es a Jovellanos, sin que alcance la talla del pensador astur. El biógrafo de Meléndez, Quintana, es superior al biógrafo de Jovellanos, Ceán Bermúdez, pero ni el entusiasmo, ni el afecto a la persona, ni los buenos deseos con que traza sus páginas de crítica el poeta de la *Invencción de la imprenta* logran elevar la figura de su ídolo al puesto que ocupa en el aprecio de las gentes el comentarista de la *Ley Agraria*, verdadero polígrafo, maestro en lides poéticas, en derecho, en agricultura, en geografía, en historia, en arqueología, en bellas artes, en producciones escénicas como *Pelayo* y *El delincuente honrado* donde revive, adivinada por Calderón, la comedia lacrimosa de Nivelles de La Chaussée y algunas tendencias de Diderot, Sedaine, Voltaire, La Harpe y el mismo Schiller, sin olvidar a Lessing.

Los poetas del XVIII llevan nombres pastoriles como los Arcades de Roma y otras mil imaginaciones de gentes cortesanas que se creen apacentadores de rebaños en lugares tranquilos de poesía y amor. Cadalso se hace llamar *Dalmiro*; el P. Juan Fernández de Rojas, *Liseno*; el P. Miguel de Miras, *Mireo*; el P. Andrés del Corral, *Andrenio*; Iglesias de la Casa, *Arcadio*; Jovellanos, *Jovino*; Forner, *Aminto*; Reinoso, *Fileno*; Fray Diego Tadeo González, *Delio*; Vargas Poncé, *Poncio* y el mismo Blanco White que abandonó su patria, su fe y su lengua materna y escribió en inglés su famoso soneto *La primera noche de Adán*, usó cuando pertenecía a la escuela sevillana el seudónimo arcádico de *Albino*.

¿Todo Meléndez se encierra en Batilo? ¿No valen más las odas morales que el caramillo pastoril? Es cosa que conviene dilucidar después de enfrentarnos con la biografía, las influencias que marcan el modo peculiar de su cultura y la estela que ha dejado su paso por las letras españolas.

## LA BIOGRAFÍA

La fuente principal en todas las biografías de Meléndez Valdés está en el relato de lo que fué su vida que trazó Quintana al frente de sus *Obras Completas* en cuatro tomos. Hay allí biografía, bibliografía y crítica.

Nace el poeta en Ribera del Fresno, provincia de Badajoz, el 11 de Marzo de 1754. Estudia en su pueblo natal, en la Escuela de Santo Tomás de Madrid y en Segovia a donde le envían sus padres en compañía de un su hermano mayor, Don Esteban, secretario del obispo Don Alfonso de Llanes. Lee allí los libros que le proporcionan Don Esteban, los canónigos de la catedral y el conde de Mansilla y se despierta en él aquel afán de leer y saber que ha de darle carácter toda su existencia. Pasa después a Salamanca y comienza a versificar imitando a Gerardo Lobo. La amistad y protección de Don José Cadalso marca huella en su educación literaria y sapiente. El autor de *Las noches lúgubres* le lleva a vivir consigo y le familiariza con el pensamiento y las producciones literarias de Francia e Inglaterra. Amigo de Iglesias de la Casa y Fray Diego Tadeo González íntima, gracias a ellos, con Jovellanos, a quien tiene por maestro, guía, consejero, mentor. En Madrid vive en su compañía siempre ilustrándose con las sabias enseñanzas del insigne gijonés. Concorre a certámenes literarios y suele obtener en ellos el apetecido galardón. Se celebra su oda *A la Gloria en las artes*, que es leída en la Academia de San Fernando. Vuelve a Salamanca y allí gana y desempeña la cátedra de Humanidades. *Las bodas de Camacho el rico* le valen un premio y comienza a tomar carácter como poeta sencillo con el olor campestre del tomillo y del romero, los corderillos, los discretos de los pastores, la palomita de Filis, las tortolillas y las travessuras de Cupido, que para burlar a las zagalas llega a convertirse en mariposa. Las ediciones de sus libros poéticos se agotan en seguida. Surgen otras muy aumentadas mientras el poeta compagina el cultivo de las Musas con el de la Jurisprudencia, lo mismo que Jovellanos, y obtiene cargos en la administración de Justicia y se acredita en todos ellos de sabio jurisconsulto y de elocuente orador, pues dicen que sus discursos forenses fueron modelo en su género.

Sufre luego Meléndez las amarguras del destierro al ser arrojados del poder sus amigos Saavedra y Jovellanos. Pasa los primeros tiempos de su desgracia en Medina del Campo y de allí le trasladan a Zamora. Dedicase en una y otra población al estudio. Pasa luego a Salamanca y se entretiene en escribir un poema lírico-descriptivo sobre la creación y una traducción de la *Eneida*. El Motín de Aranjuez le levanta el destierro y le trae de nuevo a Madrid. Su comisión en Asturias, unido al conde del Pilar, de muy tristes recuerdos para él y su adhesión al rey intruso José Bonaparte, le distancian de la corriente impetuosa nacional desencadenada en la Guerra de la Independencia, le obligan a huir a Francia y en Montpellier muere de apoplejía el 24 de Mayo de 1817 a los sesenta y tres años de su edad.

Hasta 1900 no se trasladaron sus restos a España en unión de los de Goya, Don Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas y Don Leandro Fernández de Moratín. Los mismos laureles, idéntica emoción patriótica y una evocación conjunta de cuatro figuras principales de nuestro pensamiento, nuestra poesía y nuestro espíritu manifestado con aragonesa virilidad por Goya en el arte de los pinceles, unió a Moratín y a Meléndez que no anduvieron en vida muy conformes en la apreciación de sus respectivos méritos, si bien el poeta de la *Prosperidad aparente de los malos* no tuvo para su contrincante y enemigo el comediógrafo de *El sí de las niñas* la misma acrimonia y el mismo encono que con él usó Moratín. Goya, en cambio, retrató a Meléndez y también al satírico de la *Derrota de los pedantes*.

Fué Don Juan Meléndez Valdés un hombre bueno, de inmejorable conducta moral y social, siempre inclinado a la justicia a la que sirvió con lealtad y escrupuloso cuidado en las magistraturas con misión de interpretar y aplicar la ley y el derecho. Cuando en algunas de sus poesías, por seguir la moda, quiere aparecer erótico y picarón, le sucede que no acierta con la malicia y la intención libidinosa y se advierte violencia en una cosa contraria al temperamento, el juego mental y moral de la persona, el estado psicológico habitual. Idéntica condición hallamos en su amigo José Iglesias de la Casa, el cual en sus epigramas las quiere dar de pervertido y resulta inocente. ¡Qué lejos nos encontramos de aquella manera de insinuar sin decir, de prepararlo todo para que surja de improviso y sin darse cuenta el lector o el que contempla un cuadro de Greuze, el pensamiento oculto del poeta o el artista allí donde todo se ofrece cauto, tímido, inocente de acuerdo con las más severas normas del bien pensar y la intachable conducta! Quédense las malicias para los pintores franceses contemporáneos de Meléndez, el citado Greuze y el delicioso Fragonard, cuyas *Fiestas Galantes* significan oposición a la escuela poética de Salamanca, toda ella mesura y equilibrio, retórica y moral.

Meléndez, desgraciado en su matrimonio, no intentará nunca desenterrar del cementerio en que reposa a la mujer amada, como lo intentó su amigo, protector y maestro don José Cadalso, con la actriz María Ignacia Ibáñez, ni acudir al sitio de Gibraltar en busca de una muerte segura más gloriosa que un suicidio semejante al de Werther en la ficción novelesca y al de Larra en la realidad; y en esto fué Cadalso más afortunado en su intento de unirse a su adorada en el más allá que el pobre Don Alvaro del duque de Rivas luchando en las guerras de Italia para que tuvieran tronos los hijos de Isabel de Farnesio, sin importarle un ardite el partido de ningún contendiente: es que allí reina la muerte y él a la muerte va buscando. A Meléndez no le va ninguno de estos extremos. El es un hombre suave, pacífico, más atento a las ideas que a los impulsos de un corazón volcánico. Se resigna ante las desgracias a que le llevan sus decisiones y está a punto de ser fusilado en Oviedo y sufre en Montpellier la soledad, el abandono, e incluso el hambre por haber abrazado la

causa del intruso. Ante su condición moral hemos de inclinarnos con respeto.

### INFLUENCIAS Y LECTURAS

A Don José Cadalso se le ha estudiado como poeta precursor en su vida y en su obra del romanticismo. Fué además — y en ello nadie ha reparado hasta ahora — un magnífico educador. Lo prueba el caso de Meléndez Valdés que de joven se sometió a su influencia y a su consejo. No hay idea, pensamiento, doctrina moral e intelectual y matiz de sensibilidad en Europa que no llegue al poeta de *La presencia de Dios* por conducto, iniciación y recuerdo de Cadalso, Francia, Inglaterra, Alemania, Suiza son familiares al poeta extremeño porque el autor de las *Cartas Marruecas* le ha hecho gustar el modo de espíritu que caracteriza a la Europa del XVIII.

Meléndez admira con entusiasmo al inglés Alejandro Pope (1688-1744) que es a un mismo tiempo poeta y polígrafo. Pope aspira a ser un clásico, quizá un poco a la francesa, ya que en la Gran Bretaña, como en nuestra tierra, la literatura del Siglo de Oro tuvo más de renacentista que de clásica. Publica Pope unas *Pastorales* imitando a Virgilio: pone cátedra de filosofía en su *Ensayo sobre el criticismo* y su *Ensayo sobre el hombre*; se entrega a la ingente labor de traducir al inglés la *Iliada* y la *Odisea* de Homero; da reglas a la poesía como Boileau y como Dríden; divulga en composiciones didácticas las ideas filosóficas de Bolingbroke; escribe *Epístolas* y *Sátiras*; moderniza a Horacio en la intención satírica siguiendo un método ya usado por Beileau en Francia y en Inglaterra por Rochester, Oldham y Swift; inicia a Young y una de las corrientes románticas en la *Elegía a la memoria de una dama desdichada*; analiza los sentimientos que en nosotros produce la música en la *Oda para el día de Santa Cecilia* y en *Eloisa y Abelardo* y en la *Dunciada* conduce el pensamiento y la expresión del realismo al romanticismo probando en todas sus obras su condición de poeta filósofo o al menos aficionado a la filosofía. Mucho bien sacó Meléndez de su familiaridad con Pope, de quien admiraba y enaltecía mucho el *Ensayo sobre el hombre*.

En la historia de la poesía inglesa hay dos autores con el mismo nombre y el mismo apellido Jacobo Thomson: el poeta de las *Estaciones* (1700-1748) y el romántico del XIX que compuso *Nuestras Señoras de la muerte* y cuya vida va de 1834 a 1882. Como puede colegirse aquél a quien leyó y estudio Meléndez es el primero, pues al segundo ya no le alcanza en su vivir. De 1817 en que muere el ingenio español a 1832 en que abre sus ojos a la luz el inglés han transcurrido quince años. Thomson, el primero, el más ilustre de los dos, es el autor de las *Estaciones*, es decir de las cuatro estaciones del año, Primavera, Verano, Otoño e Invierno. Pope le ha dado consejo y enseñanza al componer estos poemas, admirables descripciones de la naturaleza en el Sur de Escocia y en los alrededores de Londres, en los que se ha visto la influencia de los pintores holander-

ses y más todavía de los artistas ingleses que de los Países Bajos trajeron formas, elegancias y motivos a la pintura inglesa del XVIII. Pero Meléndez no se limita a estas *Estaciones*, de Thomson. Lee y comenta con entusiasmo las *Estaciones* que a imitación del poeta inglés publica en Francia y en la lengua de Rousseau Saint-Lambert, poemas que se equiparan en la literatura gala de aquel tiempo con los *Meses* de Roucher y los *Jardines* de Delille.

El tercer poeta inglés relacionado con Meléndez es Eduardo Young (1683-1765). Con él se aclimatan en la consideración de los temas poéticos tres impresiones muy en la humana condición: la naturaleza, la noche y la muerte. La obra de Young se halla formada por pensamientos en la noche sobre la vida, la muerte y la inmortalidad. La escritora George Eliot ha trazado acerca de las composiciones de Young un estudio perfecto y definitivo. De las *Noches* de Young salen las *Noches lúgubres* de Cadalso, en las que el enamorado galán relata su pasión por la actriz María Ignacia Ibáñez y cómo quiso desenterrar su cadáver de la iglesia de San Sebastián de Madrid. Meléndez ha tomado de las *Noches* inglesas salidas a luz entre 1743 y 1745 la sintaxis elíptica que luce en su *Prosperidad aparente de los malos*.

Los lectores de Balmes que se dedican de continuo a combatir a Locke y a Condillac comprenden mal la influencia del filósofo inglés sobre hombres eminentes de toda Europa, sin que falten entre ellos españoles de buenas ideas y aun eclesiásticos como el agustino Muñoz, autor de la *Florida*, los jesuitas P. P. Andrés y Eximeno, sin contar — aunque éste no es eclesiástico — al gran Jovellanos, que admitió entre sus devociones intelectualistas y sapientes a Locke, pero no al abate de Condillac. De Jovellanos pasa a Meléndez el entusiasmo de quien además de filósofo fué un iniciador de la ciencia de la economía política y dió ideas pedagógicas a Juan Jacobo Rousseau en su *Tratado sobre la educación de los niños*. La vida de Locke, se extiende de 1632 a 1704. Un hombre culto en la época de Meléndez no puede ignorar a Locke, menos todavía con el influjo de Jovellanos.

De Alemania llegaron al espíritu y al entendimiento de quien encabeza el lirismo del siglo XIX en España, como dice Valera, Leibnitz y Winckelmann. Tuvo buen gusto en la elección. ¿Fué consejo del autor de *Los eruditos a la violeta* o del gijonés instigne que escribe para el teatro *El delincuente honrado* con doctrina de Diderot y procedimientos de Nivelles de la Chaussée? Leibnitz (1646-1716) es uno de los genios superiores de la humanidad. Siendo protestante coincide con Santo Tomás; siendo alemán escribe en latín o en francés. Sus *mónadas* explican el mundo y dan idea muy clara de Dios. Su *armonía preestablecida* es una orquesta en la que todos los sonidos acusan unidad suprema, la mano de Dios que gobierna el mundo como un todo en el cual una variedad inmensa va ligada de continuo a la mente y la obra de un solo Hacedor. *La presencia de Dios* puede muy bien calificarse de oda leibniziana. Mal andan de buen juicio, inteligencia y gusto quienes no se entusiasman con el filósofo de Leipzíg y no practican su optimismo, consecuencia, de

que Dios no podía hacer mal ninguna cosa y así nos creó para servirle y amarle.

Otro germano a quien mostró Meléndez afición y dió con la preferencia testimonio de gusto depurado y exquisito y de conocer con juicio seguro los incidentes de la cultura universal de su tiempo, fué el arqueólogo, artista y estético Winckelmann, muy apreciado de todos en los años de su vida y aun por generaciones posteriores. Todos sabemos que el escritor francés autor de *El Rojo y el Negro* y *La cartuja de Parma*, Henri Beyle usó el seudónimo de *Stendhal*. ¿Por qué? Porque en la ciudad de Stendal (sin la h después de la d) había nacido Winckelmann. La innovación ortográfica la justificaba el biógrafo de Haynd y de otros pintores y músicos diciendo «todo el alfabeto me pertenece». Meléndez gusta en su juventud la *Historia del arte antiguo* y sus enseñanzas entraron mucho en la oda que leyó con aplauso de todos ante la Academia de San Fernando. Pero en la España de Carlos III y Carlos IV no se ha producido, o por lo menos no se halla muy extendida, la hermandad entre pintores y poetas que nos vino con el romanticismo de Francia en las manos de Gautier y Delacroix y apenas cultivada con anterioridad al XIX, pese al *Laocoonte* de Lessing y a los *Salones* de Diderot y no obstante los atisbos de Lope de Vega: «Marino, gran pintor de los oídos y Rubens gran poeta de los ojos». Hay aquí entonces escritores que ocupan sus afanes en materia de arte como Antonio Ponz y el mismo Jovellanos en su *Elogio de Don Ventura Rodríguez*, pero yo no sé hasta que punto Meléndez tendría familiaridad con la persona, las ideas y las obras del pintor bohemio con ascendencia danesa y alemana, Antonio Rafael Mengs, que en Madrid vivió y dejó muchos de sus cuadros protegidos por Carlos III y aquí residió su hija casada con el grabador español Salvador Carmona. Porque es el caso que todas las ideas artísticas de Winckelmann están en Mengs que las comunicó a su amigo y estaba después muy orgulloso del buen éxito que habían obtenido en toda Europa vertidas a todos los idiomas de la cultura desde la obra del sabio arqueólogo de Stendal en el Brandeburgo. Mengs tiene en el Museo de Dresde un *Amor Aguzando las flechas*, que es en su concepción y en su factura un *Idilio* de Meléndez Valdés.

Los franceses a quienes leyó con fruto el poeta extremeño son Montesquieu, Rousseau y yo no sé hasta que punto Marmontel, autor de dos dramas mediocres *Belisario* y los *Incas* y uno de los redactores principales de los artículos publicados en la *Enciclopedia* por antonomasia de Diderot y D'Alembert. Cadalso que había imitado en sus *Cartas Marruecas* las *Cartas persas* del famoso Presidente del Parlamento bordelés, familiariza a Meléndez por el magistrado y escritor francés y a fuer de jurista y escritor el discípulo se asimila los temas de la *Grandeza y decadencia de los romanos* — obra anterior a la de Gibbon — y sobre todo *El espíritu de la leyes*. Ya no le es ajena a Meléndez la teoría de los tres poderes (el legislativo, el ejecutivo y el judicial) que tanto ha dificultado en los sistemas democráticos la política de las naciones y aun estorba la mar-

cha de los gobiernos y las representaciones parlamentarias en Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, si bien en América, con su régimen presidencialista, evitan en lo que pueden muchos escollos. No era posible en el XVIII desconocer a Montesquieu, menos todavía por quien además de poeta es jurista y magistrado.

Ante sus dos funciones llega también Rousseau aunque el buen *Batilo* le concede escasa importancia como autor de una teoría política y más que el *Pacto social* le interesan la *Nueva Eloisa* y el *Emilio*. No creo que llegase nunca a llorar con las incidencias ocurridas en los amores de Julia y Saint-Preux, pero el artista y el educador que hay en Juan Jacobo importan más a Meléndez que el pensador por el que vinieron a práctica desdichada muchas teorías funestas. El catolicismo y la tradición en las buenas ideas que recibe por fuero familiar el vate y magistrado cacereño se manifiestan en su afición a un poema hoy muy olvidado y que nadie conoce en las generaciones nacidas entre 1870 y los días actuales, si bien por los viejos de hace ochenta y noventa años se le citaba sin dar el nombre del autor, como si fuera cosa de todos sabida. Me refiero al *Anti-Lucrecio* del cardenal Melchor de Polignac (1661-1741), revisado por Lebeau y el abate de Rothelín, poema latino que como su título indica se opone en nombre de la verdad cristiana y de la filosofía verdadera al poema de la literatura clásica *De Rerum Natura*, que compuso y publicó Tito Lucrecio Caro, un poeta muy perito en ciencias físicas y en filosofía, partidario del atomismo de Leucipo y Demócrito y discípulo en los temas referentes a la moral de Epicuro y Empédocles, sin que los errores por él acumulados le impidieran ser un autor de primer orden y de buen juicio allá por las calendas harto lejanas de Catulo y Varrón. Polignac y nuestro Meléndez son, a no dudarlo, admiradores de Lucrecio aunque tengan la misión de combatirlo por sus extremos antirreligiosos, menos graves por haber sido proferidos en época de absoluto paganismo y referirse sus ataques a los dioses gentílicos y a los infiernos fantásticos y poéticos, sin nada de común con los novísimos cristianos.

También leyó y asimiló Meléndez las composiciones pastoriles del suizo, de Zurich Salomón Gessner, poeta y grabador, que fué en el XVIII traducido a todas las lenguas de Europa desde la alemana que era la suya materna usada por él en sus *Idilios*. Hoy y desde hace muchos años nadie recuerda a Gessner, ni creo que sean reeditadas sus obras, ni que sea objeto de estudios y juicios modernos sobre su vida, su influencia en todos los países, sus características de poeta y su papel en el sentimentalismo especial por él cultivado.

Admiremos, pues, a Meléndez como a hombre de vasta y bien asentada cultura, bebida en los clásicos de Grecia y Roma, asimilada en el trato de Teócrito y el Virgilio de las *Eglogas* y puesta al día con las enseñanzas de quienes en su época dirigían el pensamiento desde Inglaterra, Francia y Alemania, sin olvidar a sus amigos y protectores los españoles beneméritos Cadalso y Jovellanos y toda la corriente tradicional hispánica en el campo de la poesía bucólica y en el de géneros más elevados como la oda, la elegía y la

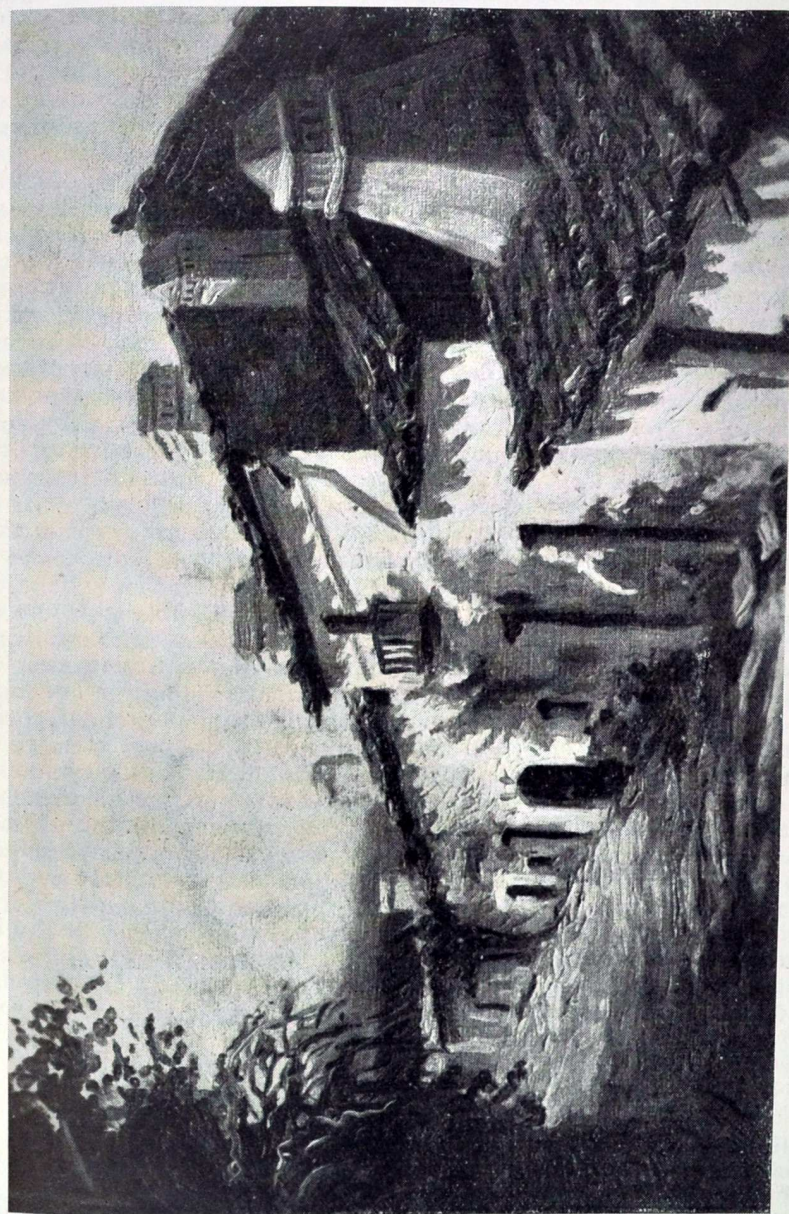
epístola moral. La escuela de Salamanca, a la que él pertenece, le lleva a Fray Luis de León y como no le es extraña tampoco la escuela de Sevilla conoce y sabe gustar a Herrera, el Divino, «el que subió por sendas nunca usadas», como dice Cervantes y también a Rioja y el Bachiller Francisco de la Torre. Todos reconocen estas influencias en las obras de Meléndez Valdés

### LAS OBRAS

Se han hecho varias ediciones de los escritos de Meléndez, la mejor los cuatro tomos de 1820 con la biografía y el estudio de Quintana. El marqués de Valmar, Don Leopoldo Augusto de Cueto, trata de él en el tomo 60 de la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra al bosquejar lo que fué la literatura de nuestra patria en el siglo XVIII, trabajo todavía en pleno vigor y eso que en las fechas actuales contamos con el libro, no ha mucho salido a luz, del hispanista francés muchos años huésped de Madrid y conocedor de toda España y en el día Rector de la Academia de París—es decir jefe supremo de la Sorbona—M. Jean Sarrailh. En el tomo 63 del *Rivadeneira* donde se insertan poesías de Meléndez, hay un juicio muy certero acerca del autor y sus producciones, de Don Antonio Alcalá Galiano.

Las obras de Meléndez se clasifican en dos épocas: la poesía bucólica de su juventud cuando vivía bajo la influencia de Don José Cadalso y las composiciones de índole filosófica y moral en que sigue los consejos de Jovellanos.

El autor se ha instruido en todo lo que fueron y significaron en las clásicas literaturas las composiciones pastoriles, los idilios y las églogas que desde el siracusano Teócrito han llegado al clasicismo de todos los países con el ejemplo del Mantuano. Género aparte son las novelas pastoriles que partiendo de la *Arcadia* de Sannazzaro tuvieron aquí y en todas partes muy frondosa floración, como acreditan la *Diana* de Jorge de Montemayor, la *Diana enamorada* de Gil Polo, *El Pastor de Filida* de Gálvez de Montalvo y la misma *Galatea* de Cervantes, por no citar sino las novelas más conocidas. Mucho influjo alcanzó en las costumbres de Francia en el reinado de Luis XIII la *Astrea* de Honoré d'Urfé en la que tomaron código amoroso las damas y galanes del Hotel de Rambouillet. Pero toda esta corriente de novelas en prosa con muchos versos intercalados, se halla un poco lejos de Meléndez, cuyo puesto se encuentra al lado de quienes habiendo leído a Virgilio y Garcilaso se enamoran del viejo Anacreonte conforme a las traducciones e imitaciones castellanas de Don Esteban Manuel de Villegas. Meléndez se inspira en Villegas y en el obispo Balbuena, sin que se olvide del cantor de Salicio y Nemoroso ni les sean desconocidos Racan y Fontenelle, Spencer y Pope, el Tasso y Guarini. *La Primavera* y *La Ausencia* (hay otra *Ausencia* de Moratin, el hijo) son idilios modelo: *El Arbol caído* un ejemplo de pastoril lírica, como épica es la *Tirsi* de Figueroa y las hay dramáticas en las colecciones de Balbuena y Garcilaso. La



NUESTROS ARTISTAS.—«Calle de Grimaldo», por Victoriano Martínez Terrón.  
Primer Premio del año 1951 en la V Exposición de Educación y Descanso

égloga *Batilo*, seudónimo del poeta, premiada por la Academia Española en concurso al que se presentó Iriarte, recoge pensamientos de Teócrito, Virgilio, Garcilaso y Balbuena. Muy delicada es la canción *A la paloma de Filis* y muy rotundos y vigorosos los romances en los que presagia al duque de Rivas y que fué combinación métrica muy de su agrado hasta creer y decir que incluso a las odas no les viste mal el trocaico romance español, parecer que mereció las censuras de Hermosilla. Romances de Meléndez que anuncian el romanticismo son los de *Doña Elvira* y muy conocidos y por todos citados los que dan vestidura poética a *Rosana en los fuegos*, *La mañana de San Juan*, *Los segadores* y *El otoño de la vida*. El amor del poeta al paisaje es producto de sus lecturas de Gessner.

En la segunda manera de Meléndez, atento el autor a las enseñanzas de Jovellanos, hallamos odas como *La gloria de las artes* trasunto de Winckelmann e imitaciones de Fray Luis de León, cual las conocidísimas *A la presencia de Dios*, *Al ser insuperable de Dios* y *La prosperidad aparente de los malos*. La oda *Al fanatismo* y el romance *La despedida del anciano* acreditan su trato con Rousseau que influye en él de un modo análogo a como años más tarde, en pleno romanticismo, ha de influir el socialismo de Pierre Leroux sobre Jorge Sand. Obra dramática de Meléndez es la que lleva por título *Las bodas de Camacho*, asunto tomado del *Quijote*. No puede prescindir en ella quien por una vez quiso abordar el teatro de sus acostumbradas pastorelas y así encontramos en sus páginas una relación muy extensa sobre el amor de dos muchachos en un parlamento completamente antiteatral. *Los discursos forenses* acreditan al magistrado integérrimo y alguno de ellos da noticias curiosas relativas a la llamada literatura de cordel.

Tal es la vida y la obra de quien en 1954 mereció el recuerdo de sus compatriotas por haberse celebrado el segundo centenario de su nacimiento y del que está orgullosa con motivo su patria chica extremeña de Ribera del Fresno. ¿Cuál es la fortuna actual del conocido más que leído autor de anacreónticas nunca iguales a las de Don Esteban Manuel de Villegas? Es de advertir que al riojano insigne de la primera mitad del siglo XVII nadie le supera ni se le pone al lado en el género y que las escuelas del XVIII son únicamente pálida remembranza de los poetas que brillaron con dos centurias de antelación. ¿Qué juicio nos merece el autor de la oda *A la presencia de Dios* al cumplirse los doscientos años de haber nacido?

#### JUICIOS DIVERSOS ACERCA DE MELENDEZ VALDES

No sigamos el camino de las censuras interesadas que acumula sobre la obra del vate de Extremadura su contemporáneo Moratín y los discípulos de este último Hermosilla y Tineo. Olvidemos los periodos en que estuvo oscurecida la fama de Meléndez y no repararemos en el desconocimiento de las generaciones actuales por lo que respecta a su persona y a sus escritos. Tampoco, ya mediado con un



lustro de añadidura el siglo XX, cabe admitir los elogios exagerados de Quintana en la estupenda biografía, introducción a los cuatro tomos de sus composiciones. Lejos también de nosotros el marqués de Valmar y pasadas asimismo muchas fechas desde que Don Juan Valera pronuncia su panegírico al ser trasladados sus restos a la capital de España desde tierra extranjera junto con Goya, Donoso Cortés y Moratín, conviene adoptar un criterio amplio como el de Menéndez y Pelayo en su *Historia de las ideas estéticas* y escoger páginas felices entre una balumba de cosas que pasaron para no volver. No llega Meléndez a sus dos maestros Cadalso y Jovellanos ni acaso tampoco a su discípulo y encomiador el poeta de *La invención de la imprenta*; no nos conmueve y halaga los oídos como el ursoonense Don Manuel María de Arjona en su *Ramilletera ciega*; no se muestra nunca tan rotundo en sus versos como el laletano Don Manuel Cabanyes, a quien dedicó una oda Menéndez y Pelayo; su *Prosperidad aparente de los malos* peca de inocente y apunta pensamiento contrario al de Bartolomé Leonardo de Argensola en su famoso soneto «Dime Padre común, pues eres justo» y termina con «Ciego ¿es la tierra el centro de las almas?» y también al tratado moral de Plutarco *Dilaciones de la justicia de Dios en el castigo de los culpables* que tradujo al francés el conde de Maistre, autor de las *Veladas de San Petersburgo*, no creo que hoy en día sepa nadie de memoria composición ninguna de Meléndez Valdés, única manera de aquilatar el valor real de un poeta; no cabe sacarle de entre los retóricos impermeables al romanticismo como Rodríguez de Zapata y por ello condenados al olvido, pero con todo Meléndez Valdés es digno de recuerdo y estima aunque se hayan marchitado desde el 1900 a la fecha las flores olorosas de la canastilla que Valera creía inmortales. ¿Cómo conciliar los extremos y solucionar la antinomia?

Por la trayectoria de su pensamiento, de su gusto y de su inspiración Meléndez Valdés pertenece al grupo de poetas retóricos como Herrera, el Bachiller, La Torre, Rioja y el mismo Jovellanos y los que siguen en fama y en estilo a Meléndez como Quintana y Don Juan Nicasio Gallego. No todos, al modo de Zorrilla, han de «oír a Dios en las zarzas llameantes y hablar luego con voz enorme de profetas», según la bella imagen de un magnífico soneto dedicado al poeta de Granada por Doña Blanca de los Ríos. El aula donde se inicia la juventud en el cultivo de las bellas letras, el recinto de un grupo selecto respetuoso con los géneros literarios tradicionales y atentos a las reglas de Aristóteles, Horacio, Jerónimo Vida, Boileau, Batteux y Sánchez Barbero, no ha de ser desdeñado porque todos pueden volar por el mismo firmamento azul. Las reglas tienen su importancia y sólo los poetas excelsos se atreven a despreciarlas. El tono académico es tan legítimo como el popular que llega a todas partes y pone en las almas de la multitud el fuego divino que enciende los pechos en entusiasmo. Meléndez es hombre de extensa y bien asimilada cultura. Por consejo de Cadalso y Jovellanos ha leído cuanto en su tiempo se estimaba materia de adorno espiritual

y fundamento de buena instrucción para vivir junto a los ingenios más sobresalientes y ascender con ellos al mismo elevado nivel de su lucimiento en una sociedad culta.

Todos a la sazón se entregan a la poesía; todos hacen versos muy bien medidos, perfilados y peinados; a todos gusta la *Epístola moral a Fabio* que con error atribuyen a Rioja, todos escriben odas, elegías y epístolas morales quejándose de lo mal que por entonces van las cosas; les falta a casi todos la ironía de Voltaire en el *Cándido* y no pueden advertir el optimismo del Doctor Pangloss. Tal es la época, el clima, la atmósfera social en que se mueve Meléndez sin que desentone con sus amigos y colegas como él aficionados a las modas del XVIII, siempre académicas y con peluca. La poesía pastoril les enamora y, a imitación de lo que sucede en la Francia de María Antonieta y en las fiestas campestres y galantes del Pequeño Trianón, se creen todos ellos pastores de ovejas perfumadas que llevan al cuello cintas de seda como para lanzar sus balidos suaves en un salón cortesano y no al aire libre en una campiña azotada por los cierzos, las lluvias y las nieves. Es un hecho en la historia de las costumbres y en la historia literaria y a él hay que someterse al juzgar a un poeta que a ese tiempo, a ese grupo y a ese ambiente pertenecía.

Meléndez toma muy en serio el culto a la naturaleza aprendido en Young y en Rousseau. Estima, porque así se lo ha enseñado el autor del *Emilio*, que el hombre primitivo es bueno, justo, puro, incapaz de maldad, traición ni felonía y que sólo la sociedad ha traído tan fieros males a los hombres. Meléndez incorpora la Naturaleza a sus composiciones y de ahí el haberse afirmado que sus anacreónticas y pastorelas huelen a tomillo y a romero. Poeta creyente compone una oda *A la presencia de Dios* y allí entran muchas ideas que andando los años han de ser gratas a Victor Hugo y han de nutrir muchas de sus composiciones. ¿Quién iba a imaginar un Meléndez Valdés precursor del poeta de *La leyenda de los siglos*? Los romances le dan puesto al lado de Zorrilla y el duque de Rivas. Con su ejemplo sube Quintana a la cúspide de lo que se ha llamado poesía civil y merece ser coronado con pompa y solemnidad inusitadas en 1854 por mano de la Reina Isabel II: reproduce la escena un cuadro famoso del hijo de Don Vicente López, Don Luis López y Piquer. La inquietud espiritual de Meléndez que le hace recorrer el pensamiento y las maneras de toda Europa durante los siglos XVII y XVIII; el sufragio elogioso de sus más ilustres contemporáneos y de las generaciones que vinieron después; el hecho de haberle equiparado al trasladar sus restos a la Patria a Goya, Donoso Cortés y su enemigo Moratín; la legitimidad de la escuela poética a que perteneció, por muy retórica y pasada de moda que se encuentre, son motivos bastantes para celebrar su centenario con la reverencia debida a un varón benemérito.

LUIS ARAUJO-COSTA